

hay detrás de las cosas. Su riqueza, que también nos oculta, como el barroco, en cierto aspecto, de la muerte, tiene una raíz erótica, hedonista, estetizante, de goce de la realidad; es antes una actitud amorosa del mundo que una refracción, un espejismo, del desengaño que el hombre siente ante él. Ama la riqueza y el lujo en sí, por ellos mismos, no como un modo de poblar la realidad con actitudes y objetos para entretener su desencanto. Nada más lejos de él que el Entusiasmo, como intento de vencer el desencanto de la realidad.

Un dato a tener en cuenta —aunque parezca, a primera vista, inverosímil— es que hay en Álvarez un curioso matiz en esta riqueza: algo así como el despliegue de una auténtica provocación a los contemporáneos, a su vulgaridad bufa y gregaria, a la que él contrapone la fabulación de un ámbito lujoso y decantado como forma humana, cultural y vital de enriquecimiento.

La presencia de este binomino lujo-riqueza refuerza la impresión de una personalidad de actitud *vitalista* (aunque el libro se titule *Museo de cera*) ya que es este vitalismo tan marcado en el poeta el que le hace potenciar la cualidad de todo, la afirmación de la realidad dentro de una categoría sublimada, idealizada. Y el lujo y la riqueza son, para un hombre de concepción materialista y hedonista de la vida, una forma de sublimar, a categoría estética, fascinante y placentera, el estúpido mundo de la contemporaneidad.

Observamos aquí, al abordar este punto, un hecho raramente constatable en el arte de nuestro tiempo, y es la presencia de una obra que, siendo por una parte turbadora y convulsiva de la vida y la sociedad, se atreve, sin embargo, a efectuar un despliegue de «aristocracia» en numerosos aspectos. Este hecho, aparentemente contradictorio, adquiere nueva relevancia en un análisis no superficial, ya que es obvio que la Utopía anhelada por el poeta, el sueño de vida por él deseado, si se pretende globalizador, no puede dejar de lado, primordialmente, ningún aspecto de la realidad, y desde luego, nunca uno como el del enriquecimiento, idealización, creación de una realidad —a través de los ojos del arte— que, en su cotidianidad, está poblada de monotonía, vulgaridad y gregaridad en detrimento de la belleza, la inteligencia, la imaginación, el placer.

Es evidente que hay en Álvarez, siempre, una elección, un marcar lo entrevisto, lo expresado, desde un plano de nobleza, de «altura». Así, los motivos, las pasiones, alusiones, objetos y criaturas de su obra, están marcados por su sello poético, por su ademán ennoblecedor. Esto es lujo. El lujo propio de una sensibilidad sutil, inteligente y refinada. Sólo una criatura que se afana por ascender un peldaño más en la escala sutil de la belleza, puede lograrlo cultivándose, enamorándose, dejándose seducir. La tensión hacia lo bello, lo perfecto, el ejemplar único, es lujo, es pasión. Es aristocracia. Una aristocracia que a veces tiene algo nietzscheano, en el sentido de estar en el filo de la lucidez y la belleza. Hay una actitud de realce. La aristocracia de Álvarez es una forma fundamental en la lectura del Esplendor deseado.

Hay en Álvarez una curiosa actitud que es raro encontrar actualmente tanto en la vida como en la literatura, y es la existencia en él de algo que podríamos llamar —tal el título de este breve apartado— «una nueva versión del caballero». No empleo el término en el sentido que poseía usualmente en otro tiempo de «hombre que va a caballo

o posee un caballo», o en el de «hombre perteneciente a cualquier orden de caballería» o a «la nobleza»; siquiera en el de «hombre que, por su aspecto o traje, demuestra pertenecer a una clase que no es de obreros».

Pero he reparado en algunos aspectos que le unen a una cierta forma de caballerosidad, es decir, a una «persona con distinción, dignidad y con cortesía». Pues es observable, por ejemplo, que Álvarez es uno de los pocos que suscriben actualmente una verdadera creencia en el honor. No en el honor entendido lopescaamente, claro está, sino en una actitud de elevación personal, un cultivo de la elegancia, la rectitud y la dignidad frente a la verdad, el destino y las cosas, que configuran una personalidad pulcra y cultivada. Así, es propia de él una capacidad —ética, pero también sorprendentemente estética— para afrontar el destino, incluso en su instante más abandonado y cruel, la muerte, frente a la cual se muestra imperturbable y orgulloso, sin perder jamás la «compostura» no solamente propia de alguien que no la teme, sino del que busca poblar ese instante de una imperturbable belleza. Es así como suscribe, por ejemplo, en uno de los poemas más extensos del libro, este hermoso verso: «Morir bajo estandartes bellísimos», en el que leemos esa capacidad para saberse acompañar de la belleza hasta el instante mismo de la muerte.

Hay también en el libro ese claro despliegue de riqueza y de lujo del que ya hemos hablado y que es fruto de un amor a las criaturas y objetos nobles, estén o no tocados por el tiempo, y a una vinculación a las cosas y costumbres del pasado que él considera valiosas, aunque no se hurte de un aristocrático desprecio hacia burguesía y proletariado [criterios positivistas, mediocres e incluso vulgares]. Álvarez busca salvar, del Viejo Mundo, lo más posible. Su actitud hacia el pasado le lleva a un intento de salvar, de sus cenizas, la luz inextinguible de viejos rituales por él amados, y que considera en peligro a causa de nuevas actitudes de Barbarie.

La pulcritud y elegancia —ya que no declarado *dandyismo*— que anteriormente mencionábamos, llegan a veces a un punto de decadentismo, que quizá provenga de ese intenso amor que el poeta siente por cosas y costumbres del ayer y de una consciencia que no ignora su inmersión en el seno de una sociedad y civilización en naufragio global para las cuales —debido a un pesimismo o nihilismo latentes— no encuentra una digna y positiva viabilidad en el seno de la Historia. De ahí que la pulcritud, el orgullo, un concepto peculiar del honor, una actitud sublimada ante la belleza, la capacidad de brindis en el momento límite y cierta corrupción que no se vela, son —unidos a la dejadez, la desesperación momentánea o final— quienes crean ese perfil de abandono que se nos antoja quizá decadente.

Lo fundamental de *Museo de cera* es precisamente el intento de creación de un nuevo museo poético que tiene un paralelismo, por su complejidad, diversidad y forma, con ese otro gran museo que es el gran teatro del mundo contemporáneo.

Museo es la constatación —por acuñarlo con una expresión ya conocida— de un «humanismo imposible», la historia de sus dificultades y finalmente de modo explícito y desesperado, de su imposibilidad real. ¿Por qué —cabe preguntarse tras leer *Museo*— toda obra literaria profundamente vivida nos deja siempre un extraño sabor que es mezcla de naufragio y derrota junto a una vaga sensación de no poder mantenerse en el techo de la plenitud, más que de un modo azaroso, esporádico y efímero? La ventaja de *Mu-*

seo sobre otros libros es su visión totalizadora, junto a la pugna imposible con las contradicciones de la época que ha vivido.

Interesa por ser un vasto cosmos poético-vital. Su interés se ve acrecido en el sentido de que su estructura y su naturaleza hacen de cada poema, verso, palabra o cita un elemento interrelacionado dentro de un vasto recinto que constituye un todo único. La razón de que sea profundamente dialéctico proviene precisamente del hecho de que dentro de dicho universo tengan cabida elementos contradictorios, incluso la contradicción misma, que se resalta hasta hacerla válida en sí misma, pues estamos ante un poeta que asume, frente a una concepción literaria de tendencia moralizadora y lineal un contexto conflictivo y cuestionador, sin huir de la complejidad inherente a la realidad.

Por otra parte, la necesidad de trasladar un lenguaje tomado directamente de una realidad coetánea y escrito «en función de» la misma, es lo que ha obligado al poeta a gravitar sobre sus medios de expresión. Como escritura, *Museo de cera* es el desarrollo de un largo trabajo y de una constante reflexión para configurar un estilo peculiar y original dentro del contexto de la literatura contemporánea. Acostumbrados a unas poéticas que, salvo contadas excepciones, dirigían su sensibilidad literaria en función de un pragmatismo moralizador, olvidando de modo excesivo en ocasiones que el lenguaje no es sólo el soporte de un mensaje poético sino su centro mismo, mimético e indiferenciable, en *Museo* nos encontramos con una obra que crea una nueva visión, una nueva lectura de la poesía en nuestro país. Cada tiempo, a veces cada generación, hace una lectura distinta de la literatura de la vida. Álvarez nos interesa por haber sido uno de los pocos que ha sabido crear una nueva alternativa poética.

Museo de cera obliga a una actitud globalizadora, tensión hacia la unidad y amplia visión al modo, por ejemplo, de *Las flores del mal*, *La realidad y el deseo* o *Cántico*, por citar algunos magníficos ejemplos, aunque su desarrollo sea esencialmente distinto del baudelairiano, o del crecimiento orgánico de la obra poética de Cernuda, o de la exigente voluntad arquitectónica de Guillén.

Porque Álvarez es un tipo de poeta —por desgracia no excesivamente frecuente en España— que sigue una dirección o signo propios, determinados, que le señalan su sensibilidad, su lucidez y su intuición, pero siempre bajo una consciencia voluntaria. Nunca se ha dejado llevar del ritmo de una inspiración fluida y versátil, sino que ha planteado a sus recursos expresivos una ávida exigencia. Se ha forjado un arte, una poética.

Museo es un gran viaje. El lector va viajando por ininterrumpidas estancias bajo el auspicio de la sorpresa, ese elemento literario que tanto apasionaba a Apollinaire. En dicho viaje por las vagas galerías del *Museo* todo puede ser: encontrar al propio poeta bebiendo con J.S. Bach en una ciudad kaputt; el anhelo de un tango bailable en la Luna o en las estrellas, el traje de vichy a cuadritos de dos muchachitas en el antiguo desván imaginario o una noche como una gran nave sin nadie, llena de ceniza secular. El viejo sueño humano de los deseos imposibles, de los altos desvanes, se realiza aquí gracias al ejercicio del libre albedrío poético en aras de un poderoso vuelo imaginativo.

Si este libro se hace amar es porque nos sitúa en el umbral de dulces imposibles. Que una mujer diga, en la desesperación de su pasión amorosa, «Déjame ser tu puta», y que alguien, varios siglos más tarde, repita, sencillamente, esas palabras sutiles, es la configuración de un momento que no se puede dejar ir, que es necesario perpetuar —y hasta el límite— como algo indefinible. Bailar sólo por razones de melancolía, recordar una canción del Oeste que decía «Una mañana al amanecer, llegaron a caballo. Los muchachos estaban borrachos de pólvora y vino», desear una hora trenzada de ángeles más allá del largo exilio de los días o el imposible verde terciopelo de una fotografía infeliz, son pequeños brindis que se deslizan ante nuestros ojos de modo imperceptible y que sólo una sensibilidad despierta, construyendo un museo de presencias y deslices, puede apresar todavía.

Picasso, prometeico siempre, decía, con genial intuición, «Yo no busco, encuentro». En la obra de Álvarez hay también mucho de encuentro. Pero atención: ningún encuentro es fortuito. Las notas de Fats Waller en una cava perdida o el espectro sutil de una dictadura amortajada estaban esperando, desde siempre, ahí. La misión del poeta es «ver» ese instante poéticamente y saber crear con él ese chispazo o maravillosa serpentina que lo realzan como una fiesta imposible. El poeta ha de dejar que el encuentro, configurándose por sí mismo, pase, con nítida imagen, al corazón de la poesía. *Museo* es una sucesión ininterrumpida de encuentros. No nos interesa ahora si son gratos y amistosos o sordos y obsesivos: simplemente, constatar que la sorpresa y el encuentro, buscados o advenidos, llenan sus páginas de principio a fin.

Es por todo ello que cada poema tiene su «trazo» adaptado a la naturaleza y textura de un encuentro único que se ha revivido y que se perfila y exige como algo concreto e insustituible. Pues la misión del poeta —su arte— es ceñirse a las exigencias de cada encuentro. En este aspecto, los poemas de *Museo* destacan por su prodigioso mimetismo con el impulso o encuentro inicial. Parece como si en cada uno de ellos Álvarez se entregase, de un modo nuevo, pero único, a someter y recuestionar los imperativos de su arte a las exigencias del mismo. Eso que se ha dado en llamar creatividad, unido a otro raro fenómeno entre nosotros, la «sabiduría poética», está presente, y es signo de una visión clara, distanciada y rigurosa sobre el material y los instrumentos de trabajo del poeta de *Museo*.

Museo es también un largo Brindis con la vida. Se puede brindar por una noche en un hotel cerca de la frontera de Italia, entre mimosas y playas, con una botella de buen vino del Sur. Se puede brindar por la grandeza de un amor, la desesperación o a la salud de Billie Holliday. Pero se puede hacer también un Brindis de varios cientos de páginas por un oscuro diálogo inabarcable con la Vida. De este modo, ella, y la muerte, su compañera sutil, y el amor, la belleza, el sueño, la locura, la Barbarie, el arte, la tiranía, la amistad o el placer pueden entrar, a través de la palabra, a formar parte de ese Brindis genuino que el hombre establece consigo mismo en un tapete imposible. Este desdoblamiento del poeta frente a su propia imagen es un juego trágico en que se persigue una posesión completa de la vida tras haberse desnudado ante sí mismo. En *Manhattan*, decía un personaje a Woody Allen que lo peor que le podía ocurrir era llegar a conocerse a sí mismo. Es obvio que dicho personaje, en su lúcido ~~com~~mo, jamás daría en escribir sino por deleitar, divertirse u obtener un beneficio. Per-

no es éste el caso de quien persigue en el arte un modo de ensanchar el horizonte de la vida, intensificándolo con una nueva energía y coronándolo de Belleza y Amistad. Y aunque nunca una nueva Simonetta o un hermoso ángel andrógino de Leonardo da Vinci nos acompañen en el camino, siempre quedarán esos momentos perdidos, en forma de poema. Lo esencial es la Vida; aunque esté en juego su inocente locura o su obsesión de suicidio.

Xavier Seoane

